

Inolvidable Portete Bahía



*Cáin y Familia
Expulsados
Óleo de Fernad
Cormon (1880)*

El atardecer es largo y variado cuando se lo ve desde el cajón de una camioneta que traza en el desierto un dibujo que desorienta y reordena el pensamiento. Ingrid estaba sentada hacia el lado izquierdo, sobre un balde rojo volteado boca abajo. Apoyaba la espalda contra el vidrio de la cabina, la mano y el antebrazo sobre el costado, los pies descalzos sobre el piso de alquitrán, junto a la rueda reventada de la Africana. Por una improbable geometría, el Reta veía el rostro parcial de Ingrid en el retrovisor derecho de la moto, y ella, el lado izquierdo del suyo.

Su piel mezclaba bronce con café pero la luz rojiza y encendida de amarillos cambiantes hacía que el rostro de la niña se encendiera de tal modo, que iluminaba el camino con destellos de fósforo blanco.

En el espejo redondo, la imagen del Reta era la de un muchacho anciano: media sonrisa permanente, barba blanca y revuelta, pómulos marcados por el sol, ojeras de piel floja debajo

de cada párpado, capilares a flor de piel, irritados de aridez y ruta, la mirada verde e inquieta fijando detalles en un cacto en flor en la media luna de un médano y en las quebradas llenas de agua imaginaria.

Es la niña la que habla primero: ¿Sabes que soy más vieja que tú, no? Sí. Me lo imaginaba, dice el Reta siguiéndole la corriente. Yo acá jugaba a las escondidas cuando esto estaba en el fondo del mar. Era muy divertido y no necesitábamos untarnos la cara con ceniza negra para protegernos del sol. ¿Y en aquella época había bicicletas? No te hagas, las bicicletas no funcionan bajo el agua y además se oxidan.

Dibujadas como sombras contra el crepúsculo, aparecen y desaparecen algunas casas separadas entre sí por distancias calculadas y prudentes para que los animales pasten en el desierto sin molestarse, al final de senderos que la camioneta recorre como descartando opciones en un laberinto descifrado en cada recorrido. Restos de paredes de bahareque y barro apelmazado. Techos resquebrajados apoyados en la espesa densidad del vacío. En una curva, el camino entra en un playón amplio y plano, atravesado por un remolino de viento y polvo.

Ingrid: Cuando se fue el mar, nos encontrábamos para jugar y nos despedíamos cuando había que volver a casa o viajar para no volver. Más tarde inventamos el chivo, la canasta de colores y el carbón para dibujar y mandar estrellas al cielo.

En la cabina de la camioneta, Isidro y Rosquillo hablan y ríen. Primero habla uno y cuando hace una pausa ambos sueltan la risa. Luego el otro habla, hace gestos, calla y sueltan la carcajada. No encienden aún los faros de la camioneta. La luz del

crepúsculo parece no acabarse, es como las velas que los niños ven como columnas de mármol en las iglesias, las que arden siempre y nunca se consumen.

La trocha trepa un promontorio de arena hasta una terraza circular donde repentinamente asombra al Reta el vasto círculo blanco que dibuja Bahía Portete. Fosa de mar que alguna vez



*Cabo de Vela
Africana y Pura
Vida
G. Lofredo (2007)*

fue cráter y lanzó sulfuros, calcio y piedras en llamas. Lejos, hacia la izquierda del promontorio, en la punta oeste de Bahía Portete, se encienden en el crepúsculo las luces de Puerto Bolívar. Dos trazos paralelos reflejan el cielo y marcan las ramas de rieles por las que llega hasta los muelles el Hombre de la Carga, los cien vagones del tren del carbón. Simultáneamente, las cintas transportadoras sueltan la piedra negra en las bodegas abiertas y sin fondo. El flujo incesante desde el interior de El Cerrejón hasta las cuevas flotantes de óxido de hierro. Empacho en curso con aliento fétido de huevo muerto y descompuesto.

Bahía Portete está claramente destacada en su hoja de ruta. Están ahora en el sitio que buscó al salir de Cabo de la Vela esa mañana y no pudo encontrar en todo un día de dar vueltas en la Africana. El sitio perfecto para que descanse el navegante, comercie el comerciante, trafique el traficante, jueguen los infantes, salga el carbón del Cerrejón y paseen los turistas, en burbuja, camioneta, paquebote, bicicleta, a pie o en Africana. Bahía Portete, paraíso de moluscos disfrazados e incontables escondrijos en cuevas en las que alguna vez hubo perlas y sirenas.

Ingrid, explícame: ¿Dónde está Portete? El pueblo, digo. Las rancherías. Portete, el pueblo, alguna vez existió, dice Ingrid. ¿Cómo que existió? ¿Y esas casas? ¿Ahí abajo, hacia la playa, el muelle, las lanchas? Ingrid lo observa mirar la playa descampada, desnuda, y espera. Sí, Don Aparicio, eso es Portete. Usted tiene razón. Yo le decía que está cambiado, ahora tiene más vida y también se ha hecho su fama. Casino y discoteca. Festival danzante de moluscos en biquini.

Rosquillo gira alrededor de la terraza y se mete en una trocha escondida, bajando de curva en curva hacia el caserío que desde el mirador se veía habitado y con luces. Para allá vamos seguro. Allí nos darán lo que haga falta. ¿Hambre, Don Aparicio? Más bien sed, Ingrid. Mucha sed. ¿Tendrán cerveza? Claro.

*Cabo de Vela
Niño en Dos Ruedas
Benito Lisandro
(2007)*





British Empire in The Caribbean
Henry Popple (1733)

por Isidro y Rosquillo, y las ironías de Ingrid. Dejamos atrás el cementerio y avanzamos entre las casas hasta un rancho bien techado y amplio, como un comedor playero bien cuidado, abierto y esperando clientes. Realmente parecía que hubieran estado esperando. El Reta tenía la pierna derecha adolorida y entumecida por la posición trabada contra el carenado.

Para bajar, salta apoyándose con la izquierda y compensa clavando el bastón en la arena. El cosquilleo concentrado en la pierna adormecida se difunde por todo el cuerpo y en unos instantes en que cree que tendrá que dejarse caer al suelo, el hormigueo se hace levedad y siente el principio de un vigor que parece llegarle con la brisa del mar.

Sentado en una silla baja está un hombre con los ojos tapados con gafas oscuras, con un vidrio roto, el sombrero de lado y el cayado de pastor en su mano derecha. A su lado, sentado en el polvo, un niño hace sonar un acordeón diminuto con tal habilidad que se vuelve un fuelle de adulto. El niño se agacha tanto sobre el teclado que lo toca casi con los pómulos.

El viejo habla: Son cuentos de cuando el fierro ardía. Cuentos de la Costa Brava y del Camino de las Tropas. Una historia de ayer que apreciarán hasta los cerdos, y que el destino no niegue que esta noche lleguen del Sur los recuerdos. Es la historia de dos hermanos Ipuana, hombres de amor y de guerra, bravos que ante el peligro, primeros, sagaces cuchilleros que ahora tapa la tierra. Soberbia y codicia hacen perder al hombre y también el coraje envicia a quien lo menea noche y día.

El menor de los hermanos era el que más muertes debía. Cuando el mayor de los Ipuana vio que el otro lo aventajaba, perdió

Milagrosa maravilla, una cerveza helada. Limonada para las niñas. Pescado, langosta, ostras. En Portete hay todo lo que se le ocurra imaginar, Don Aparicio, y hasta más, ya verá, dice Ingrid en tono entre pícaro y perverso, prometedo y amenazante.

Lo cierto es que, al fin, Portete resultó más poblado y acogedor, y con más vida de lo insinuado

la paciencia y con solo mentiras enredó la cabeza al hermano y lo mató de un machetazo, allá por la Costa Brava. Sin pausa ni prisa cortó el cuerpo en trozos y lo fue tendiendo en los rieles para que el tren lo disipara. Las ruedas de hierro lo dejaron sin cara ni forma, que es lo que el mayor quería. Nada quedó del menor que opacara la valentía de su hermano. Los rieles sí recuerdan y no olvidan cómo cruje la sangre y el hueso bajo el rodar del carbón. Los fierros dan cuenta fiel de la historia hasta el fin, historia que ya conocen, la de Caín matando a Abel a cada paso del tren.

Ingrid observa la expresión de Aparicio mientras escucha la historia. Él, muy serio. Ella, con una mueca burlona como si hubiera escuchado mil veces el cuento robado y con disfraz. Es el Canibal de Portete, dice Ingrid. No se crea lo del palo torcido, que el Canibal no es de palabra. Cuenta cuentos robados. Ése se lo chupó a un viejo de su tierra, Don Aparicio, ¿sabía? Aparicio no tiene idea de lo que habla Ingrid. Pero como confía menos en la gente de su tierra que en los de otros lugares, se le ocurre preguntarse de dónde se habrá robado ese las coplas, porque de que robadas han de ser no le cabe duda alguna. No maltrate, Ingrid, al maestro. Aprenda a ponerle sabor a lo prestado, que de palabras somos todos carteristas.

Yahvé no es vegetariano. Irresistible, el sabor del cordero asado a la estaca. Yahvé y Mafalda coinciden en el rechazo militante de la sopa de verduras. Abel no resiste la violencia de Caín por humildad y mansedumbre, sino porque el otro era más grande. Yahvé exilió a Caín a la tierra de Nod. El castigo consistía en tener que llevarse a toda la familia y jugar dominó con un cuervo negro por los tiempos de los tiempos, hasta que se acabasen las semillas saladas de calabaza.



Nazareth – Entierro
Santiago Harker –
Wayuu (2005)